

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Discurso

LEIDO EN LA

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

de 1913 a 1914

POR EL

Dr. Ricardo Dolz y Arango

Catedrático Titular de la Facultad de Derecho



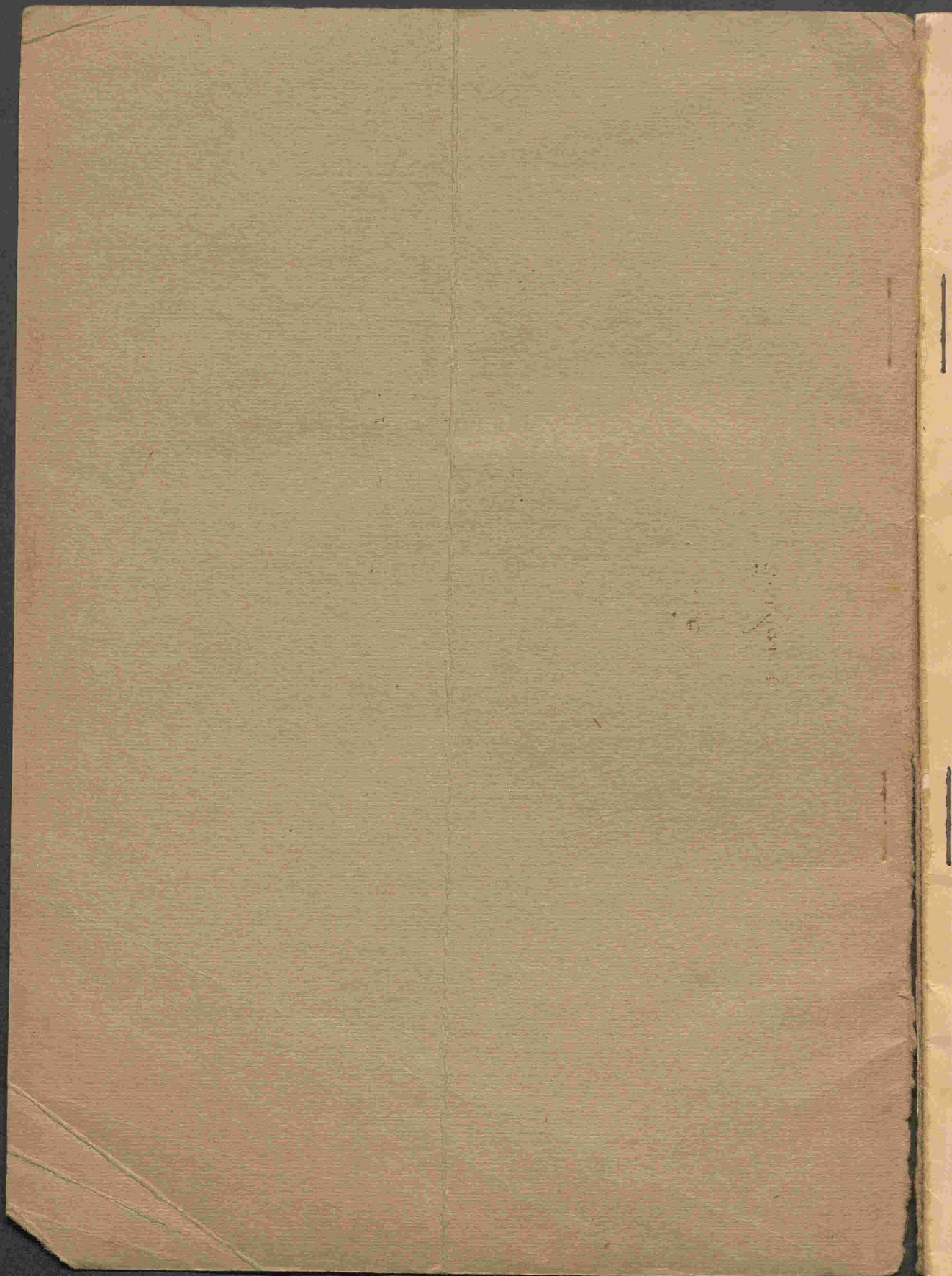
HABANA

IMP. "LA UNIVERSAL" DE RUIZ Y CA. (S. EN C.)

OBISPO 84

1913





L/1034

L- La Habana



DISCURSO INAUGURAL

DEL

CURSO ACADEMICO DE 1913 A 1914

Dr. Ricardo Rodríguez Rodríguez

Profesor de Historia y Geografía



UNIVERSIDAD DE LA HABANA

Discurso

LEIDO EN LA

APERTURA DEL CURSO ACADEMICO

de 1913 a 1914

POR EL

Dr. Ricardo Dolz y Arango

Catedrático Titular de la Facultad de Derecho



HABANA

IMP. "LA UNIVERSAL" DE RUIZ Y CA. (S. EN C.)

OBISPO 84

1913

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LIBRARY

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

Sr. Presidente de la República

Sr. Rector de la Universidad

Compañeros y discípulos

Sras. y Sres.

AL comenzar la carrera del profesorado universitario, que ha sido la más permanente aspiración de mi vida, fué este discurso inaugural uno de los honores más deseados. Seguía en aquella época un orden riguroso de antigüedad para llegar a esta grande distinción, y lograr ocupar esta tribuna en momento tan solemne, significaba algo así como una consagración del tiempo en la carrera que con tanto cariño se había abrazado.

¡Cuándo me tocará el discurso inaugural! Esta exclamación, tantas veces en lo interno del alma pronunciada, era como un ensueño, como un ideal dulcemente acariciado. Y llegóme, señores, no hace mucho, el turno, y lo renuncié. Y me ha vuelto a tocar este año y lo he aceptado rindiéndome al fin al cumplimiento de un deber más penoso que grato. Así son siempre en la vida las aspiraciones. Sus alegrías

R-4310

duran el tiempo que tardan en convertirse en realidades.

No hay ya para mí, por lo que significan dentro y fuera de esta casa veintidós años de profesorado, ni ilusiones, ni deseos. Triste condición de la vida. Este momento que se soñó venturoso no tiene en el ánimo sabor de éxito, ni imprime al corazón alientos de triunfo. Ni glorias, ni lauros anhela ya este profesor. Lo que más me atrae en este recinto, no es el aire de ambición ni de vida que pueda venir desde fuera; resulta ser esa urna cineraria que guarda los restos mortales del sabio profesor Padre Félix Varela.

¿Será esa la única ambición que va dejando en todos los países la lucha de los hombres intelectuales? No lo sé; pero al menos en el nuestro pesan muchos los desengaños y las ingratitudes. Y hastiado de la lucha extrauniversitaria se va amando esta casa cada día más, y ya que no es posible vivir eternamente en este Claustro, se ambiciona la muerte, en la que, como dice Charron, “lo que está oculto debajo es muy hermoso”, y se sueña, cual suprema aspiración del ideal, en volver aquí para siempre, como el maestro excelso, a descansar en el lugar más amado de la tierra.

Y la muerte este año no ha tocado en nuestra huerta; todos los Profesores permanecemos en nuestros puestos, a pié firme, cumpliendo nuestros deberes, sin que sea necesario hacer el elogio de ninguno eternamente desaparecido. Y la juventud, llena de vida, viene aquí a recoger, por medio de sus prestigiosos representantes, premios y diplomas. Dejemos, pues, la muerte, que ella también debe descansar, y saludemos la vida en esa juventud triunfante, representada por los que han logrado honores en este curso, dedicándole desde este sitio aplauso sincero a

sus esfuerzos por el brillo de la futura intelectualidad cubana, que en brazos de ellos está depositada.

Ahora, el tema o tesis del discurso. ¿No significan las precedentes líneas amor y grande a la Universidad? Pues defendamos las flores que en ella se cultivan. Este discurso es una "Defensa de los intelectuales".

I

El número de matriculados aumenta incesantemente en este Centro de enseñanza: en el Curso académico de 1904 a 1905 se matricularon en las distintas escuelas que comprenden las tres Facultades, 516 alumnos; en el de 1905 a 1906, 554; en el de 1906 a 1907, 581; en el de 1907 a 1908, 746; en el de 1908 a 1909, 961; en el de 1909 a 1910, 1017; en el de 1910 a 1911, 1070; en el de 1911 a 1912, 1067, y en el de 1912 a 1913, 1118.

En la enseñanza privada solicitaron exámenes en el Curso académico de 1904 a 1905, 94 alumnos; de 1905 a 1906, 98; de 1906 a 1907, 106; de 1907 a 1908, 129; de 1908 a 1909, 144; de 1909 a 1910, 184; de 1910 a 1911, 256; de 1911 a 1912, 348 y de 1912 a 1913, 610.

Cuando se ama una institución, el aumento de los que a ella concurren, motivo debe ser de júbilo. Pero una voz autorizada, la de Mr. William H. Taft, fustigó en su discurso pronunciado el 1.º de Octubre de 1906, en este recinto, a los cubanos que se dedicaban a las honrosas carreras que aquí se confieren, condensando sus pensamientos en el siguiente párrafo que copio textualmente del periódico "La Discusión", correspondiente al día siguiente: "Lo que vosotros "los cubanos necesitais es sentir el deseo de ganar di-

“nero, establecer grandes empresas y llevar a cabo la
“prosperidad de esta hermosa Isla, y los jóvenes cu-
“banos deberían, la mayoría de ellos, dedicarse a los
“negocios”. (Aplausos). ¡Y hubo aplausos ante ese
llamamiento a la riqueza material y esa condenación
a la intelectualidad cubana!

Cuando el afortunado Secretario de la Guerra
de los EE. UU. de A. llegó, aunque por un sólo pe-
ríodo, a ocupar la presidencia de su Nación, ya más
lejos de los cubanos, pudo derramar sobre nosotros la
inmensa cantidad de desprecio y de desdén que sólo
dejó entrever en su peroración del acto inaugural del
Curso académico de 1906 a 1907, diciendo en un pa-
réntesis del discurso que pronunció en la “New York
Stock Exchange”, lo siguiente: “Estando en Cuba
“(donde por cierto todos ustedes serían mirados des-
“pectivamente por ser comerciantes: allí todos son
“hidalgos venidos a menos o políticos que viven del
“Presupuesto”); y le fué dable afirmar en el propio
discurso, con más franqueza, su enemiga a las clases
intelectuales y su amor a la riqueza material. De ese
speech en la “New York Stock Exchange” es este pá-
rrafo: “pero el hecho es que, hoy en día, la palabra de
“un comerciante vale lo que él estipule en una tran-
“sacción, y que pasa todo lo contrario con un aboga-
“do, médico, o miembro del Gobierno”. Y este otro
en que concreta definitivamente su pensamiento: “yo
“hago propaganda furiosa para que los jóvenes ame-
“ricanos se dejen de la abogacía y medicina, pues
“mientras menos se dediquen a profesiones que exi-
“gen tiempo y estudios especiales, y que no resultan
“en su mayoría productivas, tendremos sólo profe-
“sionales idóneos y menos hombres fracasados que
“maldicen haber adoptado esos recursos”.

Por otra parte es innegable que en las actuales democracias, olvidándose de que, como en su artículo "Aspiraciones" (1) dijo el Dr. Antonio Sánchez de Bustamante, "Una democracia necesita, más que "cualquiera otra forma de Gobierno, aptos y buenos "servidores", se ha levantado un oleaje de ataques, y aun de insultos, contra los que despectivamente llaman "los intelectuales", "los universitarios", "los sabios", "los filósofos", "los superhombres", ridiculizándolos como seres inútiles y hasta perjudiciales que deben dejar sus puestos a "los hombres de acción", a los temperamentos incultos, que no hayan pasado por las Universidades, pero que estén provistos de acometividad.

Si se observan los datos precedentes y, lejos de dejarlos en un improductivo aislamiento, se unen y armonizan para su estudio, no sería difícil llegar, dentro de la más severa lógica, a que hoy no debe ser en esta casa día de placer, sino de dolor. El aumento de la población universitaria no es un fenómeno pasajero o transitorio, sino que por las cifras anteriormente consignadas resulta un hecho persistente, en que de una manera gradual, pero siempre en escala de ascensión, va habiendo mayor número de jóvenes cubanos que se dedican a las carreras que aquí se confieren. A esas carreras condenadas por la autoridad de Mr. Taft quien, en una gran canalización de las fuerzas representadas por la juventud cubana, quisiera desviarlas de este edificio para llevarlas a la Industria, al Comercio y a la Agricultura, esas otras grandes manifestaciones del trabajo humano. A esas carreras que no hacen sino "universitarios", "inte-

(1) Cuba Contemporánea.—Enero 1913.

lectuales”, gente ridícula e inútil que perjudica a la gran función pública de las democracias.

Si tales cosas que se dicen por hombres serios, y que se repiten como cánones de la democracia, fueran ciertas, habría que colgar de negros crespones este Paraninfo. Estaríamos aquí perdidos desviando a la juventud cubana del cauce de su enriquecimiento personal, y contrariando la prosperidad y progreso materiales de esta hermosa Isla; estaríamos, además, haciendo abogados, médicos, ingenieros, en una palabra, “intelectuales” y “universitarios”, cuando lo que necesita el país es gente de acción, hombres ejecutivos y de combate. Y habríamos de colocar en el pórtico de nuestra entrada un cartel que dijera, poco más o menos, lo siguiente: *“Esta casa no sirve para nada. Estamos, además, llenos de huéspedes. Supli-
camos al que pase por aquí siga su camino hacia
adelante”*.

II

Vale la pena refutar esos ataques que se dirigen contra nosotros.

Las observaciones de Mr. Taft son de un vuelo tan corto, que basta elevar un poco la mente para que dejen de producir en nuestro ánimo la más ligera impresión de la verdad. El distinguido ex-Presidente ha creído que el objeto principal de esta Institución de enseñanza es acrecentar la fortuna privada de los que a ella vienen a solicitar sus favores. ¡Pequeño nivel para colocar problema tan profundo como el de la orientación de la juventud de un país! Aquí no se viene, como en una fábrica, a aprender a ganar el pan; aquí se viene a aprender a levantar el

espíritu para comprender la vida, ser bueno, e influir en el bienestar general.

No hay que buscar el beneficio de las Universidades en lo que personalmente y para la vida material puedan proporcionar a los que aquí obtienen los títulos académicos que ellas otorgan, sino en la influencia que algunos de los hombres de ellas salidos llegan a lograr en el porvenir de la nación a que pertenecen. Es punto fundamental saber si el progreso de la humanidad se debe a una cultura general media o al impulso de ciertos hombres que se destacan del nivel de sus contemporáneos. Hace ya mucho tiempo que el Profesor Georges Dumesnil expuso en su obra "La Pedagogía en la Alemania del Norte" estos dos sistemas, uno "colectivista" tendente a difundir la enseñanza al mayor número, aunque en pequeñas dosis, y otro "individualista", encaminado a dar el mayor desarrollo posible a la enseñanza de los menos, de los pocos que presentan condiciones privilegiadas de inteligencia. Y es viejo el aforismo de Huxley ⁽¹⁾ de que el progreso de la humanidad ha dependido siempre de la producción de hombres de genio. No hay que exagerar como en cierto artículo que no ha mucho leí en un periódico de New York, firmado creo por Mr. Martín, en el que se afirmaba que la humanidad sólo había producido treinta y cinco hombres de primer orden, entre los que recuerdo a Homero, Fidias, Rafael, Miguel Angel, Shakespeare, Demóstenes, Esquilo, Goethe, Bethowen, Aristóteles, Newton, Platón, César, Aníbal, Colón, Alejandro, Hipócrates, Napoleón, Washington...; pero cualquiera dentro de su país, y aun en la esfera de su propia profesión,

(1) Tomás Enrique: sabio naturalista, pensador y publicista inglés; fué Rector de la Universidad de Aberdeen.

puede con el recuerdo hacer prueba experimental de la influencia de ciertos hombres, que pudiéramos decir superhombres. Ahí están las legiones de cubanos partidarios de la independencia patria, y hombres de valor temerario; y sin embargo, nadie dudará de que si Martí no hubiera nacido, o hubiese fallecido niño, no existiría probablemente en la actualidad la República cubana. Todos podemos, en una intensa reconcentración de la memoria y con un empeñado esfuerzo de la inteligencia, darnos cuenta de que muchos de los males presentes que sufre el país se deben a la pérdida de grandes cubanos que no han sido reemplazados. En esfera más modesta yo recuerdo compañeros muertos, que no han sido aun sustituidos y cuyos puestos pudiera decirse que continúan vacantes. Pedro González Llorente, por ejemplo, tardará acaso muchos años en ser reemplazado. No hay nada que se le parezca en la generación presente, y él se llevó el Círculo de Abogados, con sus incomparables discursos conmemorativos, y aquellas provechosas y periódicas contiendas en las que muchos, y yo por lo menos honradamente lo declaro, nos formamos como abogados e iniciamos nuestro crédito. Se dice generalmente que los hombres no significan nada, que los que valen son las ideas y los programas; y no hay, sin embargo, afirmación más falsa y que menos pueda resistir la sanción de la experiencia. Las ideas, los sentimientos se estancan años, lustros, siglos si no aparece el hombre impulsor. La humanidad no es más que una cría de hombres y hay que seleccionar el ejemplar, como se hace en las especies animales, para hacer preponderar en el producto las mejores cualidades de cada una de ellas; y como en el hombre esas cualidades son la inteligencia, los conocimientos, la

cultura, la sabiduría, en fin, lo que lo eleva sobre los demás, precisa seleccionar los ejemplares, porque la raza humana bajo este punto de vista se paraliza en la ignorancia o en la mediocridad, si ciertos tipos de la misma no sobrepujan el nivel de los otros, y ascienden, llevando tras sí el progreso, hacia lo infinito, hacia lo desconocido...

Y esos hombres extraordinarios, ejemplares maravillosos de la ciencia, no salen de otro cultivo que del cultivo de las Universidades. Claro es que la mayoría de los que entran por esas puertas no alcanzan, por lo general, sino la medida común, que no les sirve muchas veces, como dice Mr. Taft, ni para lograr su material prosperidad; pero no se me negará que de tarde en tarde, desgraciadamente en muy largos períodos intermedios, salen de las Universidades los hombres, cuya ausencia retrasaría el progreso general. Hay que cultivar esas flores. Y para lograrlas hay que nutrir el jardín. Mientras mayor sea el número de los estudiantes, mayores serán las probabilidades de obtener esas plantas raras, necesarias para que la humanidad progrese.

Lo que el ilustre paraninfo del Curso de 1906 a 1907, Mr. William H. Taft, pretende con sus doctrinas, es sencillamente un imposible. Parece aspirar a que únicamente se dediquen a las profesiones que aquí se disciernen los que sólo tengan talento y condiciones bastantes para distinguirse y prosperar en ellas, y de esa suerte dice: "tendremos sólo profesionales idóneos y menos hombres fracasados". ¿Pero quién sabe entre estos jóvenes que anualmente ingresan en nuestro Centro, cuáles van a ser los triunfadores y cuáles los fracasados? ¿Quién puede adivinar en esos rostros adolescentes, en esos cuerpos a veces

fuertes, a veces débiles y hasta enfermizos, con buenos o malos antecedentes de los Institutos, dónde está la planta rara acariciada, el ejemplar excelso soñado? No se conoce procedimiento alguno para descubrir en un joven sus condiciones futuras. Es falso cuanto se diga en contrario. Son tan misteriosas las fuerzas intelectuales humanas que se resisten a toda previa determinación. Desearía que Mr. Taft me indicara el Tribunal al que ha de ser sometida la juventud cubana para determinar los que deben escoger las carreras que aquí se dispensan y los que deben dedicarse a otros ramos, menos profundos, aunque más útiles, de la actividad humana. Yo le diría que ni tratándose de las cualidades de los animales se suele acertar en la previa determinación de las mismas, no obstante estar éstas en más directa relación con la figura física de la especie. En las grandes crianzas de caballos de “pura sangre” de los EE. UU. de A., hay siempre un gran exceso en la producción, y para adivinar los que serán mejores corredores en el porvenir, se examina por los técnicos el fruto producido anualmente y se seleccionan los que por su altura, dimensiones de sus remos, largo del cuello, intensidad de la mirada, etc., parecen los escogidos, los preferidos. El resto, el montón, con sólo un año de edad, se subasta a bajo precio en la gran carrera denominada “The Futurity”, que tiene lugar el día último de Agosto de cada año en la ciudad de New York. ¡Ah!; pero los subastados son de tan pura sangre como los escogidos, y en repetidas ocasiones ellos llegaron a velocidades no esperadas, y no igualadas por los favoritos. ¿No son todos los alumnos que aquí vienen de la misma sangre, de la misma contextura humana? ¿Quién sabe donde está el buscado, ése que debe salir

de tarde en tarde para impulsar el progreso humano? No hay más remedio para la selección humana que traer mucho material, mucho joven cubano, mucha semilla regada, mucha planta en flor hasta dar con la rara, con la extraordinaria, con la que debe ser objeto, ensueño de esta casa, en vez de pensar en dar de comer y beber a los que en ella logren un título. Con el sistema de Mr. Taft, desviando de aquí la corriente juvenil, es más que probable, casi seguro, que se arrastraría en esa corriente, que resultaría devastadora, la semilla deseada. Con ese procedimiento esto quedaría convertido en una fábrica de médicos, abogados, ingenieros, etc., para ganarse la vida; pero se esfuma así el ideal: la flor rara que queremos cultivar en nuestro jardín y que sólo logramos, a través de un gran material consumido, en largos períodos de tiempo.

En los cursos de 1880 a 1882 tocaron a nuestra puerta dos jóvenes—para referirme a personas de mi profesión y no a individuos de otras en que no tengo competencia—pidiendo estudios de derecho. El uno era hijo de familia rica, nacido y criado en la abundancia y en apariencia al menos con el natural desdén a todo empeño serio que la holgada vida suele producir; el otro era, por el contrario, pobre y necesitado de aprender para ganarse la vida; pero su naturaleza parecía enfermiza, al menos débil, y hasta una imperfección en sus piernas, afortunadamente desaparecida más tarde, le obligaba a usar un aparato ortopédico. No ya dentro de la doctrina absurda de Mr. Taft, que quiere barrer a ciegas, sacrílegamente, nuestro semillero, sino aun dentro de un examen previo, si tal cosa fuese posible, aquellos dos jóvenes habrían sido rechazados. Al uno se le hubiera

dicho: Usted es rico, tiene bienes de fortuna que administrar, cuide de ellos, mueva su caudal en el comercio y hágase multimillonario como esas grandes figuras de la nación vecina; al otro: Usted no va a pasar de un abogado corriente, le faltan fuerzas para que dedique días, y aun noches enteras, al estudio, y después para no enriquecerse, como le pasa a los profesionales; busque algo que inmediatamente le proporcione los centenes que va a gastarse en libros y matrículas. Y aquellas dos semillas, consciente y juiciosamente, habrían sido apartadas de nuestros regueros. Pero con la doctrina que yo sustentó, acaparando ambicioso todas las simientes, ellas cayeron en nuestros surcos y se llaman hoy, el uno, Antonio Sánchez de Bustamante, y el otro, José Antonio González Lanuza.

El día 10 de febrero de este propio año de 1913, pronunció desde esa Mesa presidencial un notable discurso el Honorable Mr. William J. Bryan, actual Secretario de Estado de la República Norteamericana, en el que expuso nobles y saludables ideas a la juventud aquí congregada, y terminó diciendo que no necesitaba que todas las personas que lo escuchaban fueran partidarias de sus doctrinas y se propusieran seguirlas, sino que le bastaba con que en uno tan sólo de la concurrencia ellas prendieran, porque ¡quién sabe—exclamó el eximio orador—la influencia que ese uno puede tener en los desenvolvimientos colectivos! ¡Qué no podrá decirse, agregó yo, de la influencia que los hombres sobresalientes salidos de esta casa han forzosamente de tener en los destinos del país y en el curso progresivo de la civilización!

Por otra parte, el argumento básico de Mr. Taft relativo a que los profesionales no se enriquecen, no

me parece de una sólida exactitud. No en el sentido contrario de que se enriquezcan los profesionales, sino en que no tiene valor diferencial referido a otras actividades humanas, pues tampoco en el comercio, en la industria ni en la agricultura, se enriquece, por regla general, el hombre.

No todos son Rockefeller, que buscó cincuenta mil pesos prestados pagando un premio de cincuenta por ciento, compró terrenos con petróleo, y con la patente de su invento, al año tenía veinte millones de pesos, habiendo ganado en cuarenta años más de dos mil millones de dollars. No todos son Carnegie, telegrafista que ganaba sesenta pesos al mes y que ha llegado a realizar, por su experiencia en el acero, la segunda fortuna moderna, de mil quinientos millones de dollars. La mayoría de los que se dedican a la industria, al comercio y a la agricultura, no hacen, después de todo, más que vivir medianamente, porque esa es la ley de la generalidad que rige a todas las actividades del hombre. Se ha señalado la cantidad de cien pesos mensuales como aquélla que la inmensa mayoría de los hombres, en todas las actividades, no llega nunca a ganar. Y esas grandes fortunas no suelen ser beneficiosas a la colectividad, pues desde niños todos hemos oído decir que cuando el río trae gran crecida, el agua es siempre turbia, y tales enormes aglomeraciones de oro, si no se basan en el fraude, suelen regarse con el sudor de los obreros; sin que esta consideración de carácter general envuelva, en manera alguna, alusión concreta a tan poderosos representantes del dinero, reyes del petróleo y del acero, a los que por el contrario rindo desde este sitio el aplauso que merecen sus grandes cualidades y sus extraordinarios empeños; máxime cuando Mr. Ro-

ckefeller ha regalado ochocientos millones para hospitales y asilos, y Mr. Carnegie ha donado para Universidades, Bibliotecas Públicas, Institutos Tecnológicos, quinientos millones, anunciando además su propósito testamentario de que, salvo cincuenta millones de dollars para su esposa e hija, respectivamente, dejará el fabuloso resto de su herencia dedicado a la instrucción y la caridad; lo que ha dado motivo al propio Mr. Taft para decir que cuantos abusos hipotéticamente pudieran atribuírseles, estarían compensados por la obra filantrópica que el destino les ha facultado para realizar, y que aun suponiendo ganados mañosamente esos capitales, serían de los casos en que los fines justificaban los medios. De todas maneras, decimos nosotros, esos alardes de la riqueza material no han sido tan consoladores para la humanidad como aquellas no igualadas palabras que, salidas de los labios de Jesús, descendían de la montaña, en el sermón de este nombre, y llenaban de bienaventuranzas a las multitudes que le seguían de Galilea, de Decapolis, de Jerusalén, de Judea y de la otra parte del Jordán. Acaso mejor que las carreras para obtener riquezas, preconizadas por Mr. Taft en sus discursos, sería preferible establecer escuelas para enseñar a ser pobres, que seguramente no está la felicidad en el dinero.

No hay, pues, motivo de dolor ante el aumento de nuestra población universitaria. Si un día resonó desde este recinto la voz de un extranjero rechazando a la juventud cubana para que buscara otros senderos de bienestar personal, oíase en esta fecha la voz de un profesor cubano llamando a la juventud de su país para que venga a engrosar nuestras filas. Quítese los negros crespones que la imaginación nos hi-

zo colocar hace un momento en esta Aula Magna, cesen nuestros desalientos, y engalanando de rojos y vivos colores el Paraninfo, sea el presente día de fiesta y entusiasmo, en el que cantemos por el aumento progresivo de las semillas que vamos regando, para su gloria y su fortuna, en las entrañas mismas de la patria. Y lejos de poner en nuestras puertas cartel que nos las cierre, coloquemos en ellas, en grandes caracteres escrito, este Aviso: *Venid, jóvenes cubanos, todos los que podais, que siempre quedan muchos a los que no les es dable realizarlo, ya que todos los que vengais sois pocos para producir esa flor rara, maravillosa, extraordinaria, con la que, de tiempo en tiempo, tenemos necesidad de honrar nuestro jardín, si queremos influir en los destinos de Cuba y en los generales de la civilización.*

III

Quienes hayan seguido con atención este discurso observarán al punto que hemos refutado las ideas sustentadas por Mr. Taft, pero que no hemos contestado a ese clamoreo insensato que se levanta contra las clases intelectuales, cual dogma de la libertad, de la igualdad y de la democracia. Hora es, pues, que entremos en este otro aspecto. Mas en este caso, lejos de generalizar en cuanto a la utilidad e influencia de los intelectuales, de los universitarios, de los sabios, de los filósofos, de los superhombres, precisa concretarlas a las distintas ramas en que se divide la función pública de los Estados.

Grandes luchas de la espada y del pensamiento se han librado en el curso de la historia para defender la libertad con la división de los poderes del Es-

tado, frente a la reacción y al absolutismo que pretendía tenerlos en una sola mano, hasta llegar a cuajar al fin, como fórmula definitiva según parece, en la separación e independencia de las tres ramas o poderes denominados Legislativo, Ejecutivo y Judicial; salvo naturalmente, en algunos países, el llamado “*Armónico*” o “*Moderador*”. Y el sufragio universal, consagrado como algo inherente a la dignidad humana en la frase “*cada ciudadano un voto*”, ha implantado el régimen de la representación expresa en el Poder Legislativo y en algunos cargos del Ejecutivo, y tácita en el Poder Judicial y en los empleados de la Administración, designándose a los representantes expresos, mediante un procedimiento electoral directo o por grados, y más o menos imperfecto.

Estudiemos sin apasionamientos políticos, que no encajan dentro de este templo sereno de la ciencia, la utilidad y el beneficio que al país reporta la presencia de los “*intelectuales*” o “*universitarios*” en esos tres poderes del Estado.

IV

En el **PODER LEGISLATIVO** interesa que los elegidos sean capaces para la importante función que les está encomendada. Aunque de nuestras Cámaras no pueda decirse como dijo Blackstone, que el “*Parlamento inglés puede hacer toda cosa que no sea imposible y que, lo que hace el Parlamento, ninguna autoridad de la tierra puede deshacerlo*”, es indudable que a pesar del veto, y del recurso de inconstitucionalidad, al Poder Legislativo le es dable acusar y juzgar al Ejecutivo, mermar sus Presupuestos,

cambiar la organización judicial, dictar leyes de responsabilidad contra Jueces y Magistrados, en una palabra, dominar los otros poderes del Estado; y por último, tiene en sus manos lo que es más caro para todos: el porvenir y la prosperidad de la patria, dependientes de las buenas o malas leyes que créen nuestro derecho futuro. No es cosa, por tanto, de mirar con indiferencia las condiciones o cualidades de los que han de integrar ese importante poder del Estado.

El concepto de la igualdad en las democracias, que no es otra cosa que la supresión de clases y privilegios sociales, colocando a todos los ciudadanos en las propias condiciones para llegar, por su labor y esfuerzo personal, a los distintos puestos de la República, lo que entraña un concepto subjetivo de la igualdad, se ha convertido en una igualdad objetiva, suponiéndose que son iguales para el ejercicio de la función legislativa el hombre indocto o casi analfabeto, y el que se ha preparado con el estudio de las legislaciones propias y extrañas y habituado a desenvolverse en preceptos legales las necesidades sentidas.

La doctrina de la representación se ha materializado también de tal suerte, que conduce a resultados funestos. El ideal de la representación es que las Cámaras sean “el espejo del país”, ha dicho Prevost-Paradol; “su fotografía”, según James Lorimer; “las asambleas representativas pueden ser comparadas a las cartas geográficas que deben reproducir todos los elementos del país, con sus proporciones, sin que los elementos más considerables hagan desaparecer los menores”, decía Mirabeau; y “el verdadero principio es que el cuerpo representante sea la imagen del cuerpo representado: si en el cuerpo representado hay negro, azul y rojo, es preciso que

“en el cuerpo representante haya negro, azul y rojo”, exclamaba Pirmez ante la Cámara belga.

No es de extrañar que con tales exageraciones, que han desnaturalizado en las democracias la igualdad y la representación, cada ciudadano se estime, considerado el hombre como cosa igual a los demás, y no como sujeto susceptible de desenvolvimiento intelectual, con derecho a sentarse en los escaños de las Cámaras, y hasta con el deber en los electores de llevar a ellas al modesto empleado de un establecimiento de pompas fúnebres, para que el cuerpo representante sea el espejo, la fotografía, la carta geográfica, la imagen del cuerpo representado.

Naturalmente que nada de eso es exacto porque en ningún orden de la vida se observa que, cuando una persona tiene que designar un representante, haya de escogerlo de su mismo nivel y contextura. Ya lo dijo el Decano y Profesor de Derecho constitucional comparado de la Universidad de Caen, Mr. Edmond Villey (1): “La elección es una selección que tiene por fin designar los más capaces y los más dignos, al efecto de ejercer el poder. El sistema representativo supone la superioridad del elegido”. No es, empero, nuestro propósito entrar en esta polémica política que nos apartaría un poco de la ruta que proseguimos. Discutir, después de todo, si cualquier analfabeto tiene derecho a sentarse en la Cámara legislativa de su país para hacer el derecho de sus conciudadanos, no es punto que merece los honores de un debate. El único aspecto serio, digno de análisis, es el referente a la conveniencia o utilidad de que en las Cámaras haya representantes de todos los elementos

(1) *Legislation Electorale Comparee.*

que forman el cuerpo nacional; y a ello vamos a concretarnos en nuestra argumentación.

En primer lugar nos encontramos frente a una hipótesis irrealizable; es decir, discutimos en el vacío. La teoría llamada de la “representación de intereses” no es más que una aspiración, sin que hasta el presente se conozca procedimiento electoral alguno para hacerla llegar a la realidad de la vida. ¿Cómo había de conocerse si todavía no se ha encontrado para su teoría vecina la “representación de las minorías”? El pensamiento de Stuart Mill, “hombre por hombre, la minoría debe estar representada tan completamente como la mayoría”, es una quimera. Ni el sistema del “voto limitado o lista incompleta”, ni el del “voto acumulado”, ni el de la “simple pluralidad con o sin mínimun”, ni el de Tomás Hare, ni el de la “conurrencia de listas o de escrutinio de lista con repartición proporcional”, ni el de M. d’Hondt, ni ninguno de los subsidiarios o mixtos que de ellos se han formado, ha hecho otra cosa que reconocer una minoría falsa, ficticia, caprichosa, referida más que a la opinión de los electores, a la de los partidos políticos, y desarrollando el “espíritu de partido” admirablemente criticado por M. de Laveleye en su libro “Le Gouvernement dans la démocratie”. Y mucho más complejo que llevar a las Cámaras una acertada representación de las minorías, es tratar de reproducir en ellas la variedad de intereses que se agitan en el país. Semejante pretensión parece que jamás encontrará un vehículo adecuado que la conduzca, desde el campo de la doctrina especulativa, al de los hechos positivos.

Los sistemas que al efecto se han ideado no resisten los embates de la crítica. El barón de Hau-

lleuille ha expuesto un plan para la elección de Senadores, dividiéndolo en tres grupos: el Capital, el Trabajo y la Inteligencia; pero al más ligero examen se observa que no es muy recomendable volver a una nueva división de clases cien años después de la revolución francesa, y oponer los capitalistas a los obreros, y unos y otros a los profesionales. El conde Hamilton ha presentado otro sistema más ingenioso que práctico, consistente en dividir, no a los electores, sino a las Cámaras, basado, según él, en el principio general de la “división del trabajo”, y a semejanza del Poder Ejecutivo, en que hay diversas Secretarías, establecer en el Legislativo distintas ramas, según se trate de cuestiones de Hacienda, Justicia, Obras Públicas, etc., formando cada una de ellas los especialmente elegidos para la misma y deliberando y resolviendo independientemente. ¡Ya se puede uno figurar lo que se armaría entre nosotros con esa multiplicidad de Cámaras! El error fundamental de este sistema consiste en creer que los asuntos resueltos por el Legislativo admiten esa separación, cuando cualquiera que haya pasado por una Cámara de esa naturaleza observará que es raro el proyecto de ley que no tiene que ser informado por varias Comisiones, no obstante referirse éstas a materias distintas, y obedecer precisamente a esa división de Secretarías recomendada por el Conde Hamilton; y su más lamentable resultado habría de ser la inacabable cadena de cuestiones de competencia entre las distintas ramas del Legislativo. Y un tercer plan, todo nuevo, apareció en una serie de artículos de la “Revue des Deux-Mondes”, de 1895 a 1896, llevando por título “L’organisation du Suffrage Universel”, y por autor a M. Charles Benoist. Este sistema consiste en un Sena-

do compuesto de Senadores elegidos, como si dijéramos, uno por la Provincia, otros por los Ayuntamientos, el tercero por delegados de asociaciones, sociedades científicas e industriales, sindicatos, etc., esto es, un amalgama cuyo fundamento racional y práctico no se alcanza a comprender. Y una Cámara elegida por electores divididos en categorías, representadas por la Agricultura, la Industria, el Comercio, las Profesiones, los Propietarios, etc. ¿Qué se conseguiría con ello? En la agricultura no son iguales los intereses de los que cultivan la caña y los de los cultivadores del tabaco; en la industria son distintos los de la extractiva, fabril y de transportes; en el comercio hay diferencia entre el comerciante al por mayor y al detalle; en las profesiones no son análogas las de los médicos, abogados, ingenieros, farmacéuticos, dentistas, veterinarios, etc.; en la propiedad hay intereses diversos en la rústica y en la urbana, en la inmueble y en la semoviente, en la fabricada y en el solar yermo; y en todas, dentro del círculo de cada una de ellas, hay contraposiciones entre jefes y dependientes, entre patronos y obreros. ¿Y en qué grupo colocaríamos a los banqueros, altos financieros, magistrados, profesores y empleados? ¿En cuál a los músicos, poetas, pintores, dramaturgos, escultores, periodistas...? ¿Dónde iríamos a parar dentro de esa absurda pretensión de fotografiar el país! Y cuando se tratase de cualquier particular de esas categorías ¿cuál sería la mayoría y cuál la minoría cuya estabilidad es base del buen funcionamiento parlamentario? Dejémonos de sistemas absurdos y de aspiraciones irrealizables. Lo que hace falta en las Cámaras para que los intereses generales del país estén bien atendidos, ya lo ha dicho una autoridad an-

tes citada, (1) : “es sobre todo la inteligencia y la independencia de carácter, cuyas condiciones suponen, de una parte, una educación suficientemente desenvuelta, y de la otra, una situación al abrigo de “necesidades materiales”. Y nosotros decimos más. Decimos que no son los hacendados los que mejor pueden hacer leyes que defiendan sus azúcares y productos; ni los propietarios los que mejor pueden regular sus fincas rústicas o urbanas; ni los conductores de vehículos y automóviles los que determinen mejor las condiciones de los puentes y carreteras: sería lo mismo que pedir a los pacientes, a los enfermos, que indicaran los mejores métodos para la curación de sus dolencias. Son los hacendistas los que pueden regular nuestros frutos agrícolas, los grandes jurisconsultos los que pueden defender el derecho de propiedad, los ingenieros insignes los que distribuirán la vida y facilidad del tráfico en grandes y maravillosos puentes y vías de comunicación; como son los médicos eximios los que dan a los pacientes la salud y la vida. Son los sabios, los filósofos, los intelectuales, los universitarios, los únicos que pueden triunfar en la ímproba, compleja, difícil tarea de crear, con la función técnica de la ley, el derecho de los pueblos.

V

En el **PODER EJECUTIVO**, ya no es el falso enunciado de la igualdad, y representación de todos los hombres e intereses, lo que se ha buscado para llevar a él la gente indocta, sino que se ha pensado en la cualidad de energía, característica de este poder del

(1) Villey ob. cit.

Estado, para afirmar que al mismo deben ir los hombres de acción y acometividad.

Creer que la energía y entereza de carácter están vinculadas en los hombres de provistos de cultura y educación, constituye una creencia palmariamente caprichosa. La energía no es, además, la fuerza y la violencia. Y la ciencia, el conocimiento de lo que se está haciendo, la seguridad en las convicciones, hace proceder al hombre intelectual e ilustrado con firmeza, con entereza, no fácil de alcanzar en quienes, desprovistos de luces propias, cambian según la intensidad de los reflectores que iluminan en cada caso sus cerebros.

No diremos que sea precisamente necesario haber salido de las Universidades para poder ser un buen alto funcionario del Ejecutivo. Parécenos, al menos, que no es tan indispensable ese antecedente en este Poder como lo es en el Legislativo; pero de esto, a crear la ignorancia como título o blasón para el ejercicio de las funciones ejecutivas, hay una distancia que no puede salvar la razón ni la lógica. No será indispensable, pero siempre será conveniente la preparación universitaria para el ejercicio de las atribuciones encomendadas a este importante poder del Estado. Ejemplos hay, desde luego, de hombres que con muy mediana cultura han dado buenos resultados en la gobernación de los pueblos; pero tales ejemplos no pueden constituir una argumentación frente a nuestra tesis. De tales gobernantes diríamos que habrían sido aun mejores, dado que los actos humanos son siempre perfectibles, si a sus brillantes, y en muchos casos extraordinarias cualidades, hubiesen agregado una debida preparación académica. Lo que nadie nos hará nunca creer es que se necesita ser

indocto, ignorante, para dar buenos resultados como gobernante.

La historia por otra parte desmiente esa creencia que se desenvuelve en algunas pequeñas democracias de que, los hombres ilustres por su inteligencia y sabiduría, no sirven para la acción ejecutiva, y no son muy dados, además, a entenderse entre ellos, sustentando cada cual sus ideas como las mejores y siendo intransigentes en la defensa de las mismas. Cuando el Presidente del gabinete francés, M. Raymond, Poincaré, presentó a M. Fallières la lista de los Ministros, figuraban en ella: Aristide Briand, Leon Bourgeois, Théophile Delcassé, Etienne Alexandre Millerand y L. L. Klotz, que no eran medianías, sino algo más que hombres de primera fila, que eran Jefes, grandes figuras de la intelectualidad y la política, se declaró en diversos tonos que tantas ilustraciones no observarían rigurosamente las leyes de la disciplina y del compañerismo, y se desafió a M. Poincaré a que manejara mucho tiempo aquel "four in hand". Dejemos ahora la palabra al notable estadista y distinguido escritor francés M. Eugene Lantier: "Los "ilustres colaboradores de M. Poincaré pusieron particular coquetería en agruparse alrededor de su jefe y en demostrarle una afectuosa deferencia. En esta región de los iguales se estableció la armonía "y no hubo competencia, ni desgarramientos, ni traiciones... Jamás he visto entre nosotros nada análogo a lo que pasa hoy, un Ministerio en que cada cual demuestra igual pericia en sus atribuciones particulares, en que cada cual se hace un honor de la tarea nacional que desempeña, en que nadie demuestra impaciencia alguna para destacarse en primera fila. "En el barco cuyo timón maneja M. Poincaré, están

“embarcados cinco grandes jefes. ¡Qué fortuna sería para los herederos impacientes que espían la ocasión de que alguna ola de fondo hiciera zozobrar el esquife! ¡Qué ocasión para reemplazarlos! ¡Cuántos primeros papeles que distribuir! Pero esta tripulación excepcional sabe maniobrar. Se siente muy expuesta y de ahí que sea perfecta la armonía de sus movimientos. ¡Cómo se alzan las velas cuando es preciso! ¡Con qué cadencia exacta caen los remos en el mar agitado!” E Inglaterra con su gabinete de Mr. Herbert Henry Asquith, e Italia con el del Signore Giovanni Giolitti, rinden tributo en el Ejecutivo a grandes figuras universitarias e intelectuales. España llamó siempre a la presidencia de sus Consejos de Ministros a Antonio Cánovas del Castillo, Práxedes Mateo Sagasta, Segismundo Moret, José Canalejas, Antonio Maura, catedráticos, oradores, publicistas, abogados, grandes figuras de la Universidad, de los Ateneos, de la Cátedra y del Foro. El Japón concede al Almirante Togo como blasón de honor el título de “Maestro de Escuela”. Y los Estados Unidos de América honran los jefes de su Ejecutivo con los títulos de Doctores de Universidades. Todo indica la hermandad y la armonía de la intelectualidad y del saber con las funciones del Poder Ejecutivo en el mundo civilizado.

Pero ¿qué más habíamos de decir, para terminar este capítulo, ahora que tres repúblicas rinden el más grande tributo electoral a tres universitarios? Francia, eligiendo Presidente de la República a M. Raymond Poincaré, orador y publicista. Los Estados Unidos de América, nombrando para igual cargo a Mr. Woodrow Wilson, ex-Rector de la Universidad de Princeton. Y Cuba, designando para Jefe del

Ejecutivo, a quien sus brillos militares no obscurecen su título de ingeniero insigne de la Universidad de Cornell, al General Mario G. Menocal.

VI

En el **PODER JUDICIAL** no se ha creído el conjunto de los hombres de nuestro país con derecho a intervenir, a título de ciudadanos, en el árduo problema de administrar la justicia, sino que se ha considerado esa función como privativa de los que, a la cualidad de ciudadanía, agregaban el título correspondiente obtenido en esta Universidad. Afortunadamente aquel pintoresco diálogo de un aspirante a Magistrado del Tribunal Supremo que, interrogado acerca de si era abogado, contestó diciendo que “si entre cubanos íbamos a andar con esas boberías”, no ha pasado de un chascarrillo de una obra cómica. Lo cierto es que hasta ahora se ha respetado a los togados en el ejercicio de las funciones del Poder Judicial. Y sin embargo, he aquí el fenómeno: el único poder del Estado en el que con más seriedad se puede sostener, y se ha sostenido y practica la conveniencia de que participe en sus funciones la gente indocta o iletrada, de que intervengan en él el común de los ciudadanos, es precisamente el Judicial, por medio de la institución del Jurado.

La bandera de la intervención del pueblo en la administración de la justicia se basa en el principio del “gobierno del pueblo por el pueblo”, y en el razonamiento, sencillo y aparentemente formidable a la par, de que si el pueblo interviene en la función legislativa y ejecutiva no hay razón alguna para quitarle su intervención en la judicial, a lo que Carrara ha lla-

mado "una incongruencia". Esto para nosotros no es argumento irrefutable en cuanto a la capacidad de los designados, porque ya hemos demostrado anteriormente que la facultad de intervenir en una función del Estado no quiere decir que haya de ser desempeñada la función por los que carezcan de los conocimientos necesarios para el lleno de la misma; y además entendemos que el pueblo interviene en la administración de la justicia en la forma llamada de "representación indirecta", pues los Jueces y Magistrados se nombran por el Presidente de la República, pero éste es elegido por el pueblo, y respecto de algunos de esos funcionarios aprueba sus nombramientos el Senado, que es otro organismo de elección popular. Este argumento nuestro no satisface, naturalmente, a los partidarios del sistema adverso, y se busca la intervención del pueblo en el Poder Judicial por dos caminos distintos, la elección o el Jurado.

Dentro del criterio de la elección se han desarrollado varios sistemas: el de la elección directa del pueblo, análogo al que se practica para los miembros del Legislativo; el de la elección realizada por el poder Legislativo, o sea por las Cámaras; el de la elección por el poder Ejecutivo, que es el practicado entre nosotros; el que deja la elección a los propios interesados, esto es a los litigantes; y el sistema de Pinheiro Ferreira, que atribuye el nombramiento de los jueces a los mismos abogados.

Estos sistemas, salvo el de nombramiento por el Ejecutivo, resultan inaceptables: el de la elección directa haría que la política entrara por las puertas de los Tribunales de Justicia, y fué introducido entre nosotros, respecto de los Jueces Correccionales, por la Orden número 164 de 18 de abril de 1900, desapa-

reciendo como planta exótica en la número 93 de 9 de abril de 1901: el de la elección por las Cámaras sometería el poder Judicial al Legislativo; el de la elección por los propios litigantes ofrecería grandes dificultades para acomodarle un procedimiento electoral, pues no es posible saber en un momento dado quienes van a ser los litigantes del futuro, y éstos se encontrarían con la necesidad de litigar ante Jueces nombrados por otros litigantes, y entonces el sistema, en lo que le sirve de fundamento, caería por su base, siendo además de advertir que los litigantes no son dados a elegir sus propios jueces, porque pudiendo hacerlo en materia civil con el nombre de árbitros o amigables componedores, raras veces usan de esa facultad, prefiriendo los jueces oficiales, lo que de paso también dejamos consignado como un argumento en contra del Jurado “en materia civil”; y el sistema de elección por los abogados, daría a éstos demasiada influencia sobre los Tribunales y como dice un escritor ilustre ⁽¹⁾ “todo se convertiría en cuestión de camarismo, con las amistades y rivalidades propias de “los que ejercen una misma profesión”. De todos esos sistemas enumerados, el que ofrece menos inconvenientes, ya que no es posible crear el poder Judicial de una manera absolutamente independiente, es el de nombramiento de los funcionarios judiciales por el Presidente de la República, lo que no supone subordinación del Judicial al Ejecutivo, pues el Presidente de la República al hacer esos nombramientos no obra como poder Ejecutivo, sino como representante del poder “Harmónico” o “Moderador” que se siente, aunque no se consigne expresamente en las

(1) Vicente Santamaría de Paredes. —Curso de Derecho Político,

Constituciones, en todas las organizaciones modernas de los Estados. Esa facultad del Presidente de la República puede ser moderada, como lo ha sido entre nosotros por la ley Orgánica, atribuyendo al propio poder Judicial la facultad de elevar las ternas de las personas en las que únicamente puede recaer el nombramiento, o de otra suerte que a nosotros nos parece aun mejor: exigiendo la oposición como requisito previo al nombramiento.

El otro camino ideado para hacer que la justicia se administre por el pueblo es el Jurado. Y aquí sí que el ejemplo de grandes naciones y el pensamiento de profundos escritores está a favor de la ingerencia del común del pueblo en la administración de la justicia penal. No creo que entre nosotros sea el Jurado un problema de actualidad, pues tal institución no puede ser la obra de un decreto legislativo, sino el desarrollo secular de los elementos étnicos e históricos de los pueblos ⁽¹⁾, y la prueba la tenemos en que establecido entre nosotros por la Orden número 213 de 25 de mayo de 1900, cuyo artículo XLI decía: “Que dan sometidos a la acción de los Jueces Correccionales, *con el Jurado*, los delincuentes, etc.”, fué suprimido por la Orden número 84 de 31 de marzo de 1902, de esta sencilla manera: “Artículo II. En el artículo XLI de la propia Orden, se suprimen las palabras *con el Jurado*”. Nunca pudo aplicarse con más propiedad que en este caso la frase de Spencer, de que se trataba de una “falsa membrana del cuerpo colectivo, sin ligamen fisiológico con lo restante del conjunto social”, cuando con tanta facilidad fué amputado el Jurado de nuestro organismo judicial.

(1) Enrico Ferri. I nuovi orizzonti del diritto e della procedura penale.

Pero de toda suerte no es posible desconocer que nos encontramos frente a un problema serio y que precisa esclarecer si en la justicia penal ha de darse cabida a la ignorancia del pueblo preferentemente a la pericia de los abogados.

Tiene el Jurado fundamentos políticos y procesales. Y aunque existe el deber enunciado por el señor Manuel Alonso Martínez de que todo hombre que se dedica al estudio de las cuestiones jurídicas debe a su país el tributo de sus opiniones en asuntos tan importantes y trascendentales para la vida y el porvenir del mismo, no es cosa que nosotros nos veamos en la necesidad de examinar, en esta oportunidad, todos los aspectos del Jurado, sino aquéllos que, dentro de nuestra tesis, se refieren a la mejor o peor capacidad de los jurados, de los jueces legos, y en relación con la de los jueces de derecho, para la alta misión de administrar la justicia penal. Algo, empero, diremos en cuanto a esos otros aspectos del Jurado, que no atañen concretamente al concepto de la capacidad.

El carácter político de esta institución no es ciertamente el que nos interesa, aparte de que en los empeñados debates acerca de su finalidad política no se ha llegado aun a solución satisfactoria, habiendo entre reconocidas autoridades las más contrarias opiniones. Cristino Martos, en discurso leído en la Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación, decía: “Tan evidente y tan íntima me parece la “relación entre el Jurado y la libertad, y por tan cierto tengo que aquel instituto nace, crece y arraiga “con la libertad, y decae y muere con ella, que todas “las enseñanzas de la historia vienen a confirmarlo. “Apareció el juicio popular en Roma cuando los Reyes fueron arrojados, sustituyéndolos los Cónsules;

“arraigó y recibió notable amplitud en tiempo de los
“Gracos; sufrió los primeros ataques durante las
“proscripciones y dictadura de Sila, y vino a morir a
“manos de aquellos déspotas abyectos que ocuparon
“el solio imperial, merced, casi siempre, a insurrec-
“ciones militares. Análoga fué su suerte en Ingla-
“terra; si lo consagró la Magna Carta, sufrió mo-
“mentáneo eclipse en la época ignominiosa de los Es-
“tuados, viniendo a consolidarse definitivamente
“con la revolución de 1688. Y en Francia, donde no
“se ofrece solución alguna de continuidad entre el
“régimen feudal y el despotismo monárquico, nació
“a la vida el Jurado con la inmortal revolución de
“1789, y desde entonces acá, sólo se puso en tela de
“juicio su existencia, cuando los triunfos de las ar-
“mas desvanecieron por completo al humilde hijo de
“Córcega”. Y Enrico Ferri en “I Nuovi Orizzonti
del Diritto e della Procedura Penale”, escribe lo si-
guiente: “En efecto, o el gobierno es tiránico y en-
“tonces los Jurados no salvan la libertad, como suce-
“dió en Inglaterra desde Enrique VIII hasta Jaco-
“bo II, donde el Jurado, cuando el poder estaba co-
“rrompido y el juez envilecido o intimidado, no supo
“ser útil a la defensa de la libertad; o por el contra-
“rio, el gobierno es liberal y entonces los magistrados
“son independientes, especialmente si tienen las ga-
“rantías de la inamovilidad y de los adelantos en su
“carrera. Además, la historia enseña que nunca se
“han instituidos los Jurados por gobiernos despóti-
“cos; ejemplo de ello lo tenemos en la alta Italia en
“tiempo de Napoleón I en 1815; Nápoles, bajo los
“Borbones, en 1820; el Lombardo Veneto, bajo el
“Austria, el 1849; hasta el punto que el Jurado, como
“institución liberal y política, está destinado a no

“surgir o a ser impotente cuando verdaderamente había necesidad de ella, y a ser inútil cuando se concede fácilmente; de tal modo que en este sentido al Jurado le está reservado el mismo destino que a la guardia nacional”. ¡Quién va a tratar de poner de acuerdo tan opuestas ideas!

Como aspectos procesales se encomia al Jurado, porque él favorece el principio “acusatorio” y el de la “oralidad”. Y aunque una y otra cosa no se refieren a la parte orgánica, sino a la tramitación o formas del debate, y quedan realmente fuera de nuestro estudio, no dejaremos de decir que el “principio acusatorio” y la “oralidad” pueden llevarse hasta sus últimos extremos, como elementos ajenos, después de todo, a la organización, ante los Tribunales de derecho. Si la vigorización del principio acusatorio consiste en que ante los Jurados no existe el fiscal, puede llegarse a suprimir este Ministerio ante los Tribunales de derecho; si la mayor oralidad del juicio por Jurados se hace descansar en la no existencia del sumario, puede llegarse hasta suprimir el sumario en los juicios de derecho. No hagamos de una cuestión procesal, de tramitación, de sustanciación, de formas del debate penal, un elemento privativo del Jurado, cuando éste no puede tener de esencial sino aquello inseparable a su carácter orgánico de tribunal popular. Dejemos, pues, al régimen acusatorio triunfante, aunque haya quien crea “que la imparcial investigación de la verdad, que es el objeto y el fin racional y legítimo del proceso, no tiene lugar sino en el “sistema inquisitivo” (1); dejemos a los profesores Brusa y Garófalo discutiendo sobre la “oralidad”;

(1) Ellero. *Opuscoli criminali*.

que se trata de problemas generales del Derecho Procesal penal, y en manera alguna peculiares de la institución del Jurado.

Y llegamos a otros aspectos procesales más interesantes a nuestro estudio. El Jurado se dice favorece la teoría de la “individualización del delito”, contraria a la ya condenada de la “generalización de los delitos”; y los Jurados aprecian mejor la prueba por la carencia de prejuicios y la virginidad de sus impresiones. El tribunal sano que no ve uno y otro delito diariamente, sino que viene por el azar a desempeñar esa función pública, hace destacar cada delito como uno, como individual, sin comparaciones con otros, sin hábitos contraidos. En cambio, el tribunal de derecho siempre el mismo, ante los mismos delitos, va formando un tipo general que aplica a todos los casos, generalizando la delincuencia, frente a las frases consagradas de “no hay enfermedades sino enfermos”, “no hay delitos sino delincuentes”. Por otra parte, la conciencia de los ciudadanos llamados imprevista y transitoriamente al examen de los casos criminales, recibe la impresión de los hechos como recoge la tierra no cansada la simiente que ha de fructificar; al paso que los tribunales de derecho ya se van formando una conciencia judicial con la repetición de los hechos en que intervienen, y los elementos probatorios no la hieren con aquella susceptibilidad con que puede herirse la película fotográfica. No hay quien deje de preferir, “la convicción razonada” y el examen crítico de las pruebas a la ciega inspiración del instinto, al inconsciente dictado del sentimiento ⁽¹⁾; pero nosotros en este particular de la

(1) Ferri ob. cit.

“individualización de los delitos”, que tiene a su favor el voto de calidad del señor Garnica, Magistrado del Tribunal Supremo de España, quien confesó en el Congreso, que “indudablemente la práctica de juzgar “da al espíritu hábitos que pueden producir en determinados casos preocupaciones invencibles”, y en el otro de la “apreciación de la prueba por la libre inspiración de la conciencia”, respecto del que, aunque refiriéndose a los doctos *civilistas*, declaró el propio Ferri que “eran las personas menos aptas para juzgar en materia penal. Acostumbrados por la índole “de sus estudios a abstraer completamente el hombre, no miran más que las fórmulas”; en estos particulares concretos, decimos, nos colocamos del lado de los juradistas. Mas ¿es posible que tan bello panorama de individualización y apreciación lo lleven a efecto los Jurados? A nuestro juicio ese problema está supeditado a otro aun más importante, a saber: ¿cabe separar el hecho del derecho en la averiguación y castigo de los actos u omisiones punibles? Porque si tal separación es imposible, o al menos se da en casos raros, y al juicio del pueblo no puede someterse como quería Montesquieu “un solo hecho”, de nada valdrán la “falta de prejuicios”, la “intervención accidental y sin hábitos”, la “conciencia virgen” de los jurados, si carecen de los conocimientos de derecho indispensables para comprender el fenómeno complejo del delito.

Antes, sin embargo, de ocuparnos de ese problema, bueno es decir, en refuerzo de nuestro voto a favor de la capacidad para el ejercicio de la función de este poder del Estado, que la Escuela positiva de Derecho Penal, como ya habrá podido observarse por algunas citas, es completamente opuesta al Jurado. Es-

ta Escuela, por medio de sus más esclarecidos Jefes, califica de “deplorable aberración de la razón humana” el abandonar al azar la designación de los jueces en las más graves necesidades sociales, mientras en la vida ordinaria para cada pequeño servicio se acude a los operarios experimentados v. g. para componer un reloj se va a casa de un relojero y no de un carpintero ⁽¹⁾: afirma que con el Jurado se elevan a la categoría de principios fundamentales la incapacidad de las personas y la incongruencia de los actos, llamando a los Jurados al ejercicio de sus funciones ciegamente, por la suerte, y a virtud de muchas razones, pero entre las que no se cuenta para nada su idoneidad ⁽²⁾: sostiene que de la agregación de individuos de buen sentido puede resultar una asamblea que carezca de él, como en la química de la agregación de dos gases puede resultar un cuerpo líquido ⁽³⁾, o sea el antiguo *senatores boni viri, senatus autem mala bestia*; y preconiza, en fin, que las categorías, por eminentes que sean, fuera de la de juristas, representan siempre la crítica ordinaria de la vida, no aquella poderosa crítica derivada del continuo ejercicio de la mente en la valoración de las pruebas judiciales ⁽⁴⁾.

Pero vamos al punto fundamental y decisivo: la distinción entre el hecho y el derecho. Es tan esencial esta diferenciación para ocupar puesto en las grandes contiendas entre juradistas y antijuradistas, que hasta los mismos y más entusiastas juradistas así lo han reconocido. El señor Manuel Alonso Martínez, iniciador de la Ley de 1888 estableciendo el Ju-

(1) Ferri. Sociología Criminal.

(2) Ellero. Lezione inedite di procedura penale dettate alla Università di Bologna.

(3) Garófalo. Un giuri di persone colte.

(4) Pessina. Opuscoli di diritto penale.

rado en España, dice refiriéndose a la Constitución de 1812: “la distinción entre los Jueces de hecho y “los Jueces de derecho, primera base entonces, ahora “y siempre del juicio por jurados”. El señor Francisco de Asis Pacheco en su obra “La Ley del Jurado”, dice: “Tampoco es base del Jurado la supremacía del lego sobre el perito, y la distinción del hecho “y del derecho; *sin embargo de que este último principio ocupa un lugar preeminente entre los fundamentos y bases de la institución*”. Convengamos en que ella es esencial y que si no puede separarse generalmente el hecho del derecho en materia penal, es inútil y aun perjudicial que traigamos a hombres desprovistos de cultura jurídica, y cuya única misión consiste en ver el hecho separadamente del derecho. Claro es que no vamos a decir sobre esto la última palabra porque nadie se da por convencido en esta clase de contiendas. Es cuestión al cabo de opiniones y consignamos la arraigada nuestra de que el hecho, cuando de él surgen derechos y obligaciones, civiles o criminales, deja de ser el hecho corriente o natural que puede caer bajo la observación del sociólogo, o del común de los hombres, para convertirse en el “hecho jurídico” de Binding ⁽¹⁾, concepto complejo o mixto, que requiere conocimientos de derecho para su debida fijación. Dejamos a salvo, naturalmente, la pequeña justicia correccional y de policía, la que, a nuestro juicio, no necesita ser administrada jurídicamente.

El hecho natural, desprovisto de todo ropaje jurídico, apenas sirve para nada. Con no poco gracejo y acierto dice un escritor español ⁽²⁾ lo siguiente: “Y

(1) Die drei Grundlagen de organisation des Strafgerichts.

(2) Isidro Pérez Oliva. La Administración de Justicia. Barcelona 1890.

“que no se diga que los Jurados conocen solamente
“de los hechos, pues de ser así, descartando en abso-
“luto la parte jurídica, en un homicidio, por ejemplo,
“no podrían decir más que hay un muerto, porque
“este es el único hecho físico concreto, puesto que pa-
“ra declarar si hay un autor, si éste es culpable, si es
“por el contrario irresponsable, si fué provocado o
“si premeditó la acción, se precisa el proceso mencio-
“nado, se precisa un hábito de entender en los proce-
“sos, se necesita un conocimiento del Código y de su
“interpretación por la jurisprudencia, y para exigir
“esto al Jurado, no vale la pena de quitárselo al Ma-
“gistrado”. Y eso sin referirnos a casos más raros,
que se apartan de las figuras corrientes de la delin-
cuencia. Francesco Carrara cita uno ⁽¹⁾ de los Tri-
bunales franceses bastante típico para presentarlo
como modelo de la confusión del hecho y el derecho:
tratábase de aplicar los preceptos represivos de hur-
tos cometidos en “caminos públicos”, a cuyos auto-
res nosotros llamábamos antes “ladrones de camino
real”, especialmente penados con mayor rigor por la
legislación francesa, en defensa y como garantía de
la seguridad que debe encontrarse, para bien gene-
ral, en esas apartadas y útiles vías de comunicación.
El hurto se había cometido, empero, en un ferro-
carril, y preguntado el Jurado, ese “oráculo incensu-
rable” como lo llama el mismo Carrara, acerca de si
el hecho se había realizado en “vía pública”, contes-
tó que “sí”, haciendo imposible la casación, por ha-
berse resuelto, como hecho, el concepto de derecho
de si un ferrocarril puede o no equipararse, en ese
caso, a una carretera pública.

(1) Programa del Corso di Diritto Criminale.

El “guilty” o el “not guilty” de los Jurados ingleses y norteamericanos es, pues, algo más profundo y difícil de lo que está al alcance de las inteligencias medias no debidamente preparadas.

Pensamos, por todo ello, con Hie-Glunek ⁽¹⁾ que el juicio de los Jurados lleva en sí una división y una escisión del problema judicial que debe ser indivisible como el silogismo en que se concreta; con el Archicanciller Cambaceres que, al discutirse la organización del Jurado en el Consejo de Estado, llamó quimérica a la distinción entre el hecho y el derecho; con Pessina ⁽²⁾ al afirmar que la obra del Juez sobre el hecho mismo que da lugar al juicio penal, no es de pura percepción *inmediata* de los hechos, para lo cual puede bastar el buen sentido, sino que es trabajo difícil de reconstrucción crítica; con el propio juradista Brusa, quien se vió obligado a reconocer ⁽³⁾ como imposible la separación del hecho y del derecho, llamándola caprichosa, violenta y arbitraria; con Ferri ⁽⁴⁾ al sostener que el hecho y el derecho, en el proceso penal, son inseparables, como el anverso y el reverso de una superficie, como la forma y la sustancia; y con Ellero ⁽⁵⁾ al afirmar que en el proceso criminal el juicio de hecho es mucho más difícil que el juicio de derecho.

Son los intelectuales, los universitarios, los abogados en este poder del Estado, los que pueden hacer con exactitud la apreciación del hecho criminal; y si se sigue la *nuova scuola* que requiere para el orden penal personas que hayan hecho profundos estudios,

(1) Schiurgericht.

(2) Ob. cit.

(3) Sul giuri, Revista Penale.

(4) Ob. ult. cit.

(5) Op. Crim.

no de Derecho romano, sino de psiquiatría, de estadística y antropología criminal y de disciplina carcelaria, serán también los psiquiatras, los antropólogos, los estadísticos criminalistas y, en suma, los colegios de peritos—siempre la inteligencia y el saber—los que deberán intervenir en las funciones de este poder del Estado.

Y cerremos el capítulo con un voto condenatorio de la ignorancia en el ejercicio de la función penal, que se lee en la siguiente jugosa y simpática carta:

“Ravenna, 14 de marzo de 1881.

“Sr. Director del periódico “Il Ravennate”.

“Señor:

“Algunos días ha leí en el periódico “Il Ravennate” mi nombre como uno de los Jurados llamados “a juzgar en la próxima quincena en los Assises y me sorprendió en extremo, porque habiendo hecho comprender francamente al procurador del Rey, otras veces que ejercí de Jurado, que mi conciencia no tendría en caso alguno certeza para emitir un voto condenatorio, esperaba que se hubiera reconocido y declarado que yo no era idóneo para administrar justicia. Pero viendo que no se dió valor alguno a mis declaraciones privadas, me creo con el derecho de decir públicamente que yo, no queriendo tener remordimientos de ninguna especie de haber podido despojar a un inocente de su honor, de su libertad, de la vida tal vez, daré en todo caso y a todo acusado, mi voto absolutorio. Y me creo más obligado a seguir esta conducta, cuando reflexiono que ilustres criminalistas italianos, entre otros Pietro Ellero, enseñaron que la misión del Jurado es sa-

“grada y terrible, porque es un poder a que el hombre no puede someterse sino temblando y siempre con el temor de que su pretendida justicia sea castigada por la justicia de Dios. Por lo demás, es cosa cierta que en materia criminal *no se puede separar el juicio del hecho de la apreciación del derecho*. Yo no me he dedicado nunca al estudio del derecho, y no queriendo que la retórica de los abogados sagaces me induzca, p. e., a admitir como gran provocación el impulso libidinoso, en la premeditación el impulso del vértigo, etc., etc., hago pública confesión de *mi absoluta falta de idoneidad* para actuar como Jurado y declaro que renuncio a un derecho, que será un remordimiento para mí, si forzosamente me obligan a ejercitarle. Estoy contento, por otra parte, porque creo salvar a mi conciencia de todo remordimiento, absolviendo siempre y en todo caso a los acusados.

“Su obligadísimo servidor,

“*Francesco G. Corradini*”.

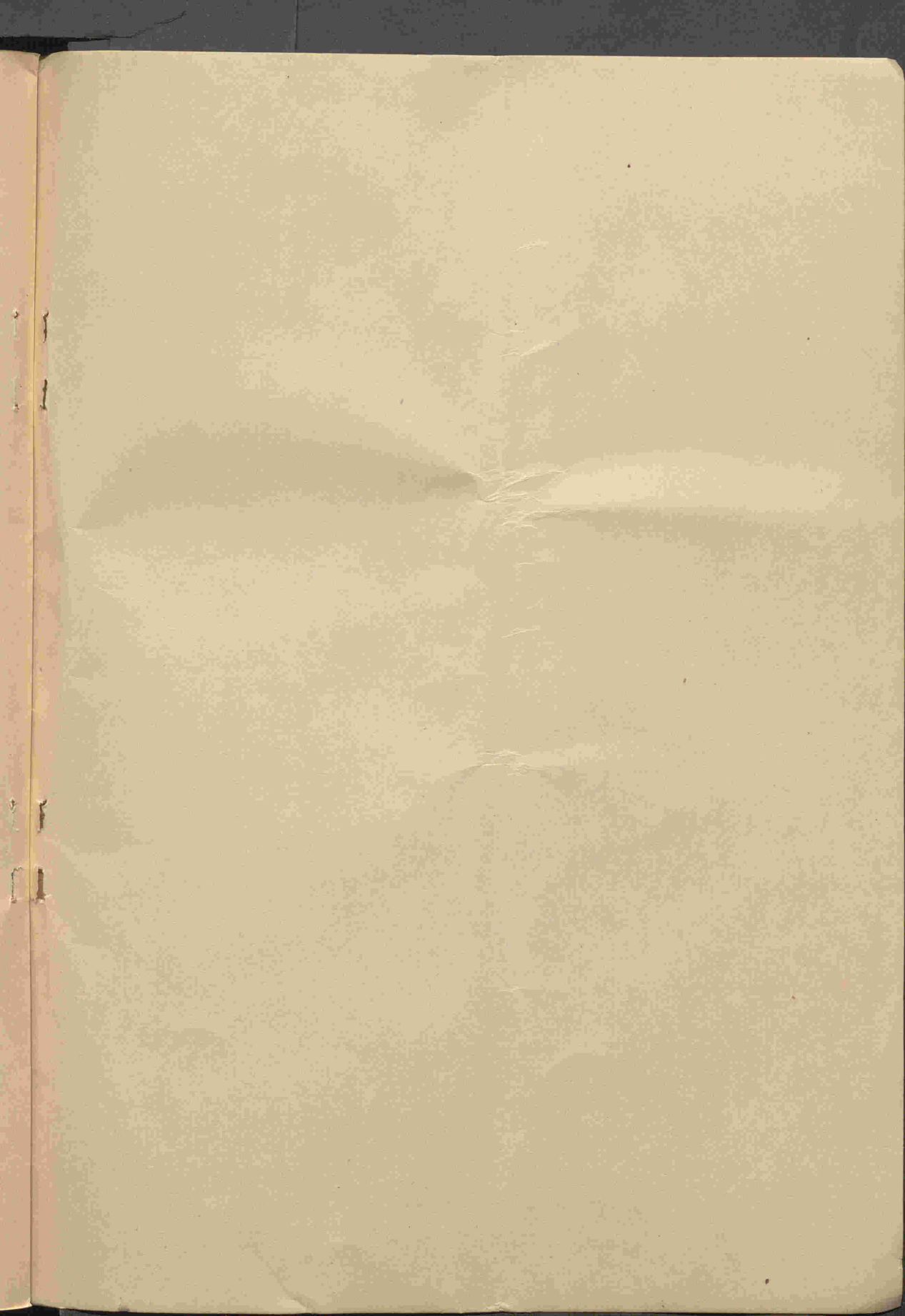
VII

Hemos llegado al término de la tarea que nos propusimos. ¡Honor a los intelectuales! Para aquellas flores exhuberantes de nuestro jardín universitario, para los grandes cubanos, muertos y vivos, que han dignificado esta casa con la fama que adquirieron en las distintas enseñanzas que aquí se prodigan, elevemos nuestro corazón a la mayor altura del sentimiento y dejemos caer sobre ellos, si muertos, la corona de nuestros recuerdos, si vivos, el estímulo de nuestros aplausos. ¡Honor a los universitarios! Sea

éste el grito de triunfo con que abramos el Curso Académico de 1913 a 1914.

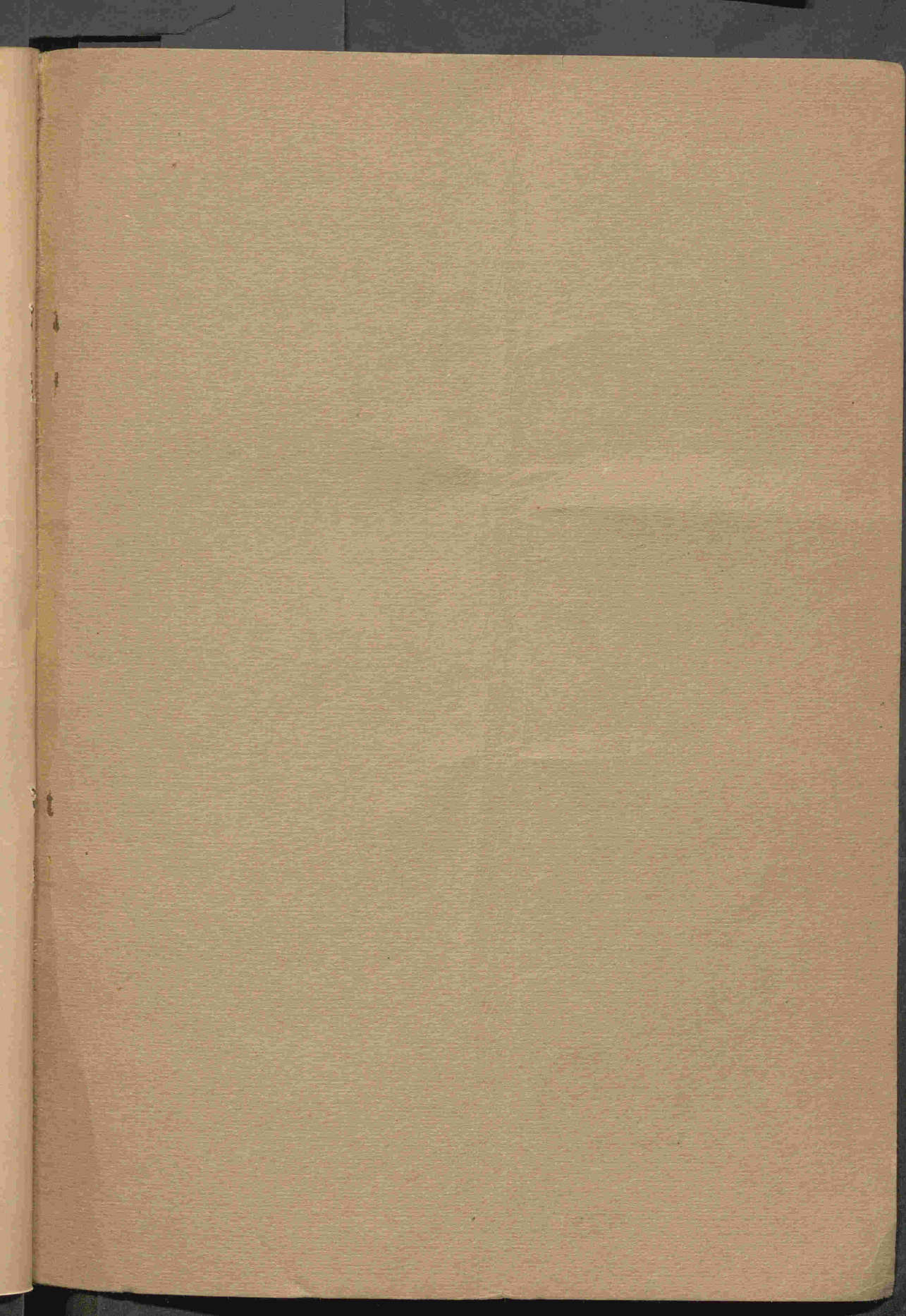
Y a esa vociferación que se refiere a las clases intelectuales llamándolas despectivamente los “técnicos”, los “sabios”, los “filósofos” cual si quisieran decir “no sirven para nada práctico ni útil”, ya le hemos demostrado lo contrario. Resignados, uno y otro día, ante esos ataques por la gran dosis de misericordia que da el concepto de la superioridad, dirijámonos hoy, excepcionalmente, a los ignorantes. Dejemos, siquiera una vez, que los universitarios, dirigiéndonos a esa turba indocta que funda su utilidad en su ignorancia, que se llaman prácticos a fuerza de no haber abierto libros, le digamos que la ignorancia no ha hecho a esta hora mas que contrariar la orientación y desviar el triunfo que únicamente puede conquistar la inteligencia y el saber, y que sólo está en manos de los hombres que han logrado enriquecer su espíritu bebiendo en los inagotables caudales de la ciencia. Digámosles, para concluir, que esa gritería contra los llamados “intelectuales” no es más que una ambición desmedida por ocupar puestos que no les corresponden, y que al ocuparlos indebidamente desvían y retrasan la prosperidad y civilización de su país. Y volvamos después a nuestra habitual benevolencia.

He dicho.



ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECAS



ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

LIBRARY



